

# [NOTAS CRÍTICAS]

## *Apólogos sobre identidad moral como heteronimia*

JOSÉ CALVO GONZÁLEZ  
*Universidad de Málaga*

### RESUMEN

El autor acude a la idea pessoana de «heteronimia» y del yo-múltiple borgeano para, con pie en diversas obras literarias, reflexionar sobre problemas de identidad. Esta se presenta así como un ser y estar en sí mismo capaz, al propio tiempo, de ser y estar en las veces de el otro, planteando su clave epistemológica en dos recorridos: ser nadie para ser cualquiera, y ser otro para ser alguien.

PALABRAS CLAVE  
FILOSOFÍA MORAL - FILOSOFÍA JURÍDICA - IDENTIDAD  
DERECHO Y LITERATURA

### ABSTRACT

Based upon different literary works, the author employs both Pessoa's idea of «heteronimous» and Borges' idea of the multiple-self in order to think of the problems of identity. That way identity is shown as being in itself capable, at the same time, of being in place of the other. Identity's epistemological clues are dealt with in two directions: being nobody to be anybody and being other to be someone.

KEY WORDS  
MORAL PHILOSOPHY - PHILOSOPHY OF LAW - IDENTITY - LAW & LITERATURE

«Me siento múltiple (...) yo me siento vivir vidas ajenas, en mí incompletamente, como si mi ser participara de todos los hombres (...) por una suma de no-yos sintetizados en un yo postizo». Fernando Pessoa. *Páginas Íntimas e de Autointerpretação*.

«Seré todos o nadie. Seré el otro  
 Que sin saberlo soy, el que ha mirado  
 Ese otro sueño, mi vigilia. La juzga,  
 Resignado y sonriente»  
 Jorge Luis Borges. *La rosa profunda*.

EXISTIMOS —SOMOS Y ESTAMOS— EN UN MUNDO que se nos presenta como una experiencia no unívoca, lo que con frecuencia produce turbaciones y dilemas ontológicos. Acudimos entonces, para mitigarlas y tratar de resolverlos, a ejercicios de identificación y reconocimiento, instituyendo la categoría ficcional de los que son *como si* fueran yo mismo, de los que están en igual conmigo. Pero esa fórmula endoscópica y atractiva de «el otro» hacia sí mismo no siempre remedia la *angustia de la identidad*. Nuestra identidad, como existencia y experiencia dentro del mundo, precisa también de la existencia y experiencia vicarial. Ser y estar en sí mismo es, asimismo, ser y estar en las veces de el otro. Es en este punto donde abordamos la dimensión moral de la identidad personal, algo como la quinta dimensión de nuestra existencia y experiencia en y del mundo.

En un intento por explicar la naturaleza de un ejercicio tal, ahora exorbitante y proyectivo, esto es, de sí mismo hacia el otro, constituyente de la identidad moral como ser y estar en sí mismo siendo y estando en el otro, se me ocurre posible aprovechar la noción de heteronimia, para de ese modo proponer la idea de una identidad moral heteronímica. Su oportunidad y rendimiento no obstante ha de enfrentar una interrogante genuina: ¿cómo llegar desde sí mismo al otro, siempre inconmensurable, para ser y estar en él, y luego regresar a sí mismo? Creo que no eludo la respuesta si propongo que la hipótesis de identidad moral como identidad heteronímica admite, en primer término, dos recorridos de exploración: ser nadie para ser cualquiera, y ser otro para ser alguien. Del recurso a la Literatura cabe el progresar en ellos observando dónde, en efecto, podrían conducirnos.

Uno de esos recorridos, en apólogo de la *Iliada*, nos encamina hasta la isla del Cíclope Polifemo. Destruída Troya, la de bellas torres, Ulises, homéricamente descrito con los epítetos de el paciente, el muy ingenioso, de astuto ingenio y fecundo en ardides, cuyo prudente corazón y arrogante ánimo le valiera sobresalir en todos los trabajos, y a quien Palas Atenea amaba y protegía, emprende el regreso a su Itaca natal en un periplo que los Dioses propiciarán en abundancia de aventuras. Una de ellas, entre tantas otras, sucede cuando el rumbo de su navegación pasa cerca de la Tierra de los Cíclopes y decide desembarcar en la isla habitada por el Cíclope Polifemo. De su relato, que me ahorro por bien conocido, destacaré sin embargo el favorecer la coyun-

tura de, ante facetas tan actuales como las relaciones entre la identidad propia y la de «el otro», medir el auténtico espesor de nuestra identidad moral. El método de reflexión empleado para explorar a «el otro», siempre inconmensurable, desde sí mismo, y luego regresar a sí mismo, se articula a través de un paradoja conceptual. Al encuentro con Polifemo<sup>1</sup>, Ulises cambia de nombre diluyendo su identidad en la de un no-alguien, y para ello se identifica ante aquél como *Nadie*. Esto es, a fin de seguir siendo Ulises y reencontrar los vientos que le lleven de regreso a Itaca, la Patria del Yo, para sobrevivir y, recordémoslo, salvar también la vida de sus «compañeros», es decir, de los que eran como sí mismo, de los que estaban en igual consigo, nuestro héroe abandona su propia identidad trocándola por la de *otro* cuya identidad era no tener identidad alguna, por aquel cuyo nombre era el de Nadie, por aquel que era «Nadie», y ser Nadie es como ser *Cualquiera*. En la magia verbal de esa ocurrencia, que tanto agradara a Borges<sup>2</sup>, se nos ofrece toda la fuerza de entendimiento a la que, en aparente vacío de sentido, en sin-sentido, estimulan las paradojas conceptuales. Ulises nos da comprender que para ser sí mismo, para conservar la propia identidad, es necesario a veces despojarse de sí mismo, olvidarse de ser quién se es; regresar a «no ser», volver a la Nada como principio del Ser. Y así, pudiendo ser cualquiera, siendo como otro, como aquél cuya identidad es la de Nadie, la de cualquiera, la de una igualdad indiferente, retornar a ser sí mismo.

Vayamos ahora el segundo de los recorridos anunciados y que se hace camino a través de la novela de Cervantes *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), que asimismo comienza con un deseo de olvido: «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...». Y dígame, además, que su autor idea una escena de dimensiones oceánicas, porque aquel «lugar» no sería en la realidad de la ficción tanto un sitio o paraje, como una pequeña población que si bien mayor que aldea distaría en mucho de acercarse al tamaño de una villa, de manera que aun cuando todavía el de la insula gubernativa más adelante encomendada a Sancho fuere menor, ese «lugar» en algún punto de La Mancha quizás también podría equivaler, por sus modestísimas proporciones, a una insula geográfica. Pero es la historia, como bien se sabe, que vivía allí un viejo hidalgo de antiguo linaje cuyo nombre era Alonso Quijano, a quien del poco dormir y del mucho leer libros de caballerías («se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio», y «olvidó

1 Homero, *Odisea*, tr. y ed. de J. L. Calvo. Madrid: Cátedra, 1998<sup>10</sup>, Canto IX, 105-566

2 Jorge Luis Borges, «El mismo, el otro», en *Obras Completas*, ed. de C. V. Frías. Barcelona: Emecé, 1989-1975, vol. 2, p. 275.

casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda») «se le secó el cerebro», de manera «que vino a perder el juicio», la conciencia del yo, e «imaginábase» (una forma más de olvidarse) ser otro, y fue al fin así, lanzado a esa aventura, como se hizo Don Quijote. O lo que es igual, arrinconando su ensimismamiento, saliendo de su aislamiento, extrañándose del yo propio que nos convierte en alguien en particular, esto es, pasando de lo uno a lo múltiple, siendo el sujeto Don Quijote, estando a la identidad de otro que ni era ni estaba en Alonso Quijano, o tal vez sí (el otro que sin saberlo todos somos), le hizo ser y estar *ex novo* como *Alguien* asimismo (y, a sí mismo) universal, y también *Alguien* en particular nuevo cuando regresó a ser Alonso Quijano, ya para entonces *otro* Alonso Quijano. Y todavía más: con la «mirada del otro» transformó el mundo: un huesudo rocín habría de mudar en Rocinante, los molinos en gigantes, los rebaños en ejércitos, una bacía de barbero en el yelmo de Mambrino, ... y sobre todo, qué (razón de la sinrazón) podría impedirlo, una rústica aldeana, Aldonza Lorenzo, en su amada dama Dulcinea.

Habrán quienes tal vez entiendan toda esta fabulación si no como una paradoja conceptual al menos como una utopía. Poco importa; ¿no es acaso ya la propia raigambre etimológica de *utopía*, *per se*, una paradoja conceptual? Claudio Magris<sup>3</sup>, por ejemplo, detecta en esa posible utopía un desencanto latente: la bacía del barbero que Quijote confunde en el yelmo de Mambrino, era la bacía del barbero y no el yelmo de Mambrino. Ciertamente, pero no tanto como para traer óbice a señalar que las miradas que confunden (co-funden), como la mirada de Quijote, la bacía del barbero con el yelmo de Mambrino son las únicas capaces de ofrecer una visión completa del mundo, la del que a diario replica (repite y rebate) contra esa aparente univocidad de una existencia y experiencia donde la bacía del barbero nunca puede alcanzar a ser y estar en la vez del yelmo de Mambrino.

A mi modo de ver, los modelos de alteración y alteridad de Ulises y Don Quijote preludian<sup>4</sup> nuevos enfoques de redefinición analítica y práctica política ante el problema de la identidad moral. Por ejemplo, aplicando esa pasión por el heterónimo pessoano que Antonio Tabucchi intenta transmitir en la traducción y edición de su poesía<sup>5</sup>. O lo que para la determinación de la identi-

3 Claudio Magris, «Utopía y desencanto» (1996), en *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad* (1999), tr. J. A. González Sáinz. Barcelona: Anagrama, 2001, pp. 12-13.

4 Vid mi trabajo «12 preludios a la filosofía jurídica y política del siglo 21», en *Anuario de Filosofía del Derecho* (Madrid), XVII, 2000, (en prensa).

5 Fernando Pessoa, *Una sola moltitudine*, tr., ed. e introd. («Un baule pieno di gente», pp. 9-35) de A. Tabucchi, con notas de J. M<sup>a</sup>. Lancastre, Adelphi, Milano, 1976. La creativa eclosión ortónima en las realidades heteronímicas de Albert Caeiro, Alvaro de Campos, Ricardo Reis y el Bermanrdo Soares del *Livro do Desassossego*, así como también de C. Pacheco, Abilio Ferreira

dad moral del propio individuo frente a otros propone la «tercera vía» de Ricoeur<sup>6</sup> frente al debate entre aristotélicos y kantianos, entre liberales y comunitarios, y que desenvuelta desde un sentido amplio de la fenomenología, la hermenéutica dialógica y el personalismo de matriz kantiana, nos muestra a un sujeto no desentendido que en sus acciones se encuentra endeudado con los otros, postulando en ello la primacía de la mediación sobre la afirmación inmediata del sujeto, y así demandado una identidad que admita sin contradicción el cambio y la variación (identidad narrativa), y la voluntad de poner en práctica una reacción dialéctica entre el sí mismo y la alteridad, sin la que será imposible dar cuenta y razón (una narrativa justificatoria) de uno mismo como sujeto responsable.

Desde luego, no faltan apólogos en contrapunto a estos donde la propia identidad se revela en intermediación con la de «el otro», cualquiera sea ese otro, e incluso si lo es el otro que sin saberlo también somos. Uno de ellos lo hallamos en aquella solitaria isla cercana a la desembocadura del gran río Orinoco donde el Robinson Crusoe de Daniel Defoe (*Robinson Crusoe and A Journal of the Plague Year*, 1719) recupera de entre los restos de su navío, un barco esclavista, los marcas y señales (sobre todo tecnológicas, muy pocas humanistas) de una identidad cultural naufragada, que no obstante arquetípicamente logra refloatar, finalizando su obra reconstructiva con la apropiación/aculturización de «el otro», otro náufrago como sí mismo, y a quien convertido ya en Viernes inculturiza desde una relación de identidad doméstica, pero dominativa –(buen) amo-(buen) esclavo–, asignándole el eufemístico rol de ayuda de cámara<sup>7</sup>.

Distinta, aunque como variante de contrapunto manteniendo en todo su índole, será la situación vivida por los navegantes que en la *Nueva Atlántida* (1627), de Francis Bacon<sup>8</sup>, a la deriva de los vientos arriban y fondean ante la paradisíaca isla, inédita en las cartas náuticas del Mar del Sur, cuyos poblado-

---

Quaresma, el Dr. Quaresma, de sus relatos policiales, y hasta de sí mismo como propiamente Fernando Pessoa.

6 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, tr. A. Neira. Madrid: Siglo XXI, 1996.

7 Cf. mi trabajo, «Punto de vista excéntrico y Solidaridad. (Notas sobre imaginación y sátira en la crítica al logo y etnocentrismo)», en J. Ballesteros, M. E. Fernández, A. L. Martínez-Pujalte (eds.), *Justicia, Solidaridad, Paz. Estudios en Homenaje al Prof. José María Rojo Sanz*. Publicaciones del Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universitat de València, 1995, vol. II, pp. 545-558, en espec. p. 549.

8 Vid. Francis Bacon, *Nueva Atlántica*, en Moro-Campanella-Bacon, *Utopías del Renacimiento*, tr. A. Miralles Carlo y A. Mateos, y Estudio Prel. de E. Imaz. México: FCE, 1973 (3ª reimp.), pp. 233-273.

res nombraban como Tierra de Bensalem. La aparición de los extranjeros suscita entre los nativos iniciales recelos. De ahí que, al principio, ambas partes guarden distancia de seguridad; ninguna de ellas consigue leer sino confusamente las señales de la otra, y apenas existe contacto. Luego, poco a poco, comienza un prudente acercamiento. Los viajeros, al fin, reciben licencia para bajar a tierra, donde se les acoge y asiste. Pero sería inadecuado definir tal conducta como solidaridad. Se trata de simple samaritanismo, o mejor, de hospitalidad exclusivamente. Los marinos serán (confortablemente) instalados en la Residencia de Extranjeros, incluso gozarán de relativa libertad de movimientos (no alejarse más de un *karam* –legua y media– de las murallas de la ciudad sin un permiso especial); no obstante, han quedado previa y oportunamente advertidos de que sólo podrán permanecer en la isla de modo temporal; seis semanas son el plazo, acaso ampliable por razones humanitarias («pues la ley en este punto no es precisa»), pero siempre obstativo del arraigo, ya que es norma la «rara admisión de extranjeros». Durante su estancia, que el Estado sufraga, llegarán a mostrárseles buen número de los reservados conocimientos y progresos científicos (secretos de la Casa de Salomón) responsables de la superior civilización que su organización política y social presenta. Con todo, en ningún momento se borra de la narrativa («te daré cuenta») de todas esas revelaciones y confidencias otra narrativa justificada (*dada cuenta*) a través de una identidad congenial, o al menos cómplice: propios y extraños logran concertar (el que está en igual conmigo, el otro concurrente) desde descubrir una coincidencia fundamental: «¿Sois cristianos?». «Lo somos». No son congéneres, pero sí correligionarios. Y es claro que, en esa condición, donde unos y otros poseen de la existencia y experiencia *de la realidad* una medida unívoca, disminuyen y quizás incluso se diluyen determinadas otras, tampoco todas, *contra-señas* de identidad. Más todavía, esa clase de inclusiones no sólo no eximen la contingible exclusión, sino que potencian y hasta exacerban las diferencias puramente contingentes: los naturales son excelentes, los foráneos simples.

Me parece, por eso, útil e ilustrativo llevar anclas en la escala de esa mansa isla de credulidades y abatir rumbo hacia la isla del desengaño, la Isla Liliput en los *Gulliver's Travels* (1726), de Jonathan Swift<sup>9</sup>. El desengaño es el obsequio del conocimiento que nos saca del error: aquí, la aceptación del encuentro con *el otro* como diferente, con quien no está en la medida de nuestra existencia y experiencia de y en el mundo, y hasta la abole. ¿Es entonces posible el intercambio vicario de identidad con aquel que no está a nuestra altura, que no

9 Jonathan Swift, *Viajes a varias remotas naciones del mundo por el médico y capitán de marina Lemuel Gulliver* (1726), ed. de P. Elena y tr. de P. Hernández. Madrid: Cátedra, 1992, Parte I<sup>a</sup>, cap. 6.

alcanza nuestra medida?. Recordemos: de nuevo un viajero, de nuevo también un naufrago al que en esta ocasión las mareas arrojan sobre los arenales de la playa en una isla donde la dimensión de la realidad depende de la medida que se emplee. Para Lemuel Gulliver *el otro* es de pequeño formato. Para los liliputienses, sucede al contrario. Y sucedería también que de poder adoptar un punto de vista externo acaso comprenderíamos que ni Gulliver, individuo de talla media, ha modificado su tamaño, ni tampoco los naturales de Liliput, seres de estatura normal. Sin embargo, esa observación no participante, es decir que no se mide con el medio, es el verdadero y único trampantojo de este apólogo, y el truco óptico al que demasiado a menudo –y en múltiples órdenes de la existencia y experiencia– solemos entregarnos, confiados de que es posible y existe un referente plenamente independiente y estable. Creo que no es así; creo que sólo es posible y sólo existe el punto de vista que varía de Gulliver al de los habitantes de Liliput, y también a la inversa; creo, asimismo, que la identidad personal (tanto de Gulliver como de los liliputienses) es variación y mirada medial; o lo que es lo mismo: creo, con un Swift posiblemente adelantado a Hume<sup>10</sup>, en la contingencia y artificialidad de las representaciones del yo; y creo, por último, en que la posibilidad de que ambas perspectivas pueden coexistir es el desengaño del que finalmente nos hace obsequio el apólogo de la isla de Liliput.

10 David Hume, *Tratado de la naturaleza humana* (1739-1740), ed. de F. Duque. Madrid: Tecnos, 1988, cuando presenta la identidad personal como un «haz o colección de percepciones diferentes que se suceden entre sí con rapidez inconcebible, y están en perpetuo flujo y movimiento» (I, IV, 6; p.356), merced a plurales relaciones de causalidad, semejanza y contigüidad constitutivas de la simpatía (II, I, 11; p. 443). En conjunción con las ideas humeanas acerca de la identidad donde «alguien» puede estar en las veces de «otro», sin eclipsar su propia identidad, Jaime Rest, *El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista*, Eds. Lib. Fausto, Buenos Aires, 1976, p. 69, menciona diversos personajes de relatos borgeanos como «La trama», de *El hacedor*, o «Guayaquil», de *El informe Brodie*, así como varios episodios de *Seis problemas para don Isidro Parody*, tales como «La víctima de Tadeo Limardo» y «La prolongada búsqueda de Tai An». Por mi parte añadiría, *mise en abîme*, el caso de todo ese mismo libro, por cuanto allí es el propio Borges quien, al lado de otro (Adolfo Bioy Casares) y no por ello dejando ambos de ser sí mismos, se pone en las veces de otro que figura como autor, esto es, H. Bustos Domecq. Este «artificio» humeano me parece que Borges lo conjugó algo más tarde asimismo en la creación ficcional –sobre la criatura de ficción– de «Pierre Menard, autor del *Quijote*», de *Ficciones*. Por último, también Ricardo Piglia, «Notas sobre literatura en un Diario», en *Formas breves*. Barcelona: Anagrama, 2000, p. 91, con referencia al cuento «Emma Zunz», de *El Aleph*, cuando, aún sin aludir a Hume, no obstante escribe: «Poner a un hombre en el lugar de otro. Este procedimiento metafórico, fundado en la semejanza y en el desplazamiento, es básico en la construcción de los relatos criminales» de Borges. El mismo mecanismo de sustitución aparece en «La muerte y a brújula», en «El jardín de los senderos que se bifurcan», en «El muerto», en «La forma de la espada», en «Tema del traidor y el héroe», en «Hombre de la esquina rosada».

Así, en efecto, lo consideramos quienes en Derecho, desde posiciones diversas, defendemos una concepción no substancialista acerca de la Justicia, sosteniendo que lo que se concibe como justo ha de poder mirado de otro modo, al modo de *el otro*<sup>11</sup>, para permitir, por ejemplo, representaciones alternativas como aquella de la imagen de Justicia en Liliput.

Para terminar, aún quedaría la exploración del territorio que parece más insondable e ignoto: el otro del sí mismo («el otro/ Que sin saberlo soy...»). Del paradójico sí mismo de ese otro hablaré bajo la ficción de una isla desconocida, *como si* fuera una isla desconocida. Y esa sería la isla cuyo nombre calco sobre el título de un hermoso relato breve de José Saramago, *El cuento de la isla desconocida*<sup>12</sup>, que intentaré resumir:

Un hombre dijo a su rey «Dame un barco», «y tú para qué quieres un barco», repuso el rey, «Para buscar la isla desconocida», respondió aquél, «Qué isla desconocida, preguntó el rey.... La isla desconocida, repitió el hombre», «Hombre, ya no hay islas desconocidas, Quién te ha dicho, rey, que ya no hay islas desconocidas, Están todas en los mapas, En los mapas están sólo las islas conocidas, Y qué isla desconocida es esa que tú buscas, Si te lo pudiese decir, entonces no sería desconocida.... No te pido marineros ni piloto, sólo te pido un barco, Y esa isla desconocida, si la encuentras, será para mí, A ti, rey, sólo te interesan las islas conocidas, También me interesan las desconocidas, cuando dejan de serlo. Tal vez ésta no se deje conocer, Entonces no te doy el barco».

El caso es que, si bien sería largo de explicar, a pesar de todo aquel hombre obtuvo de su rey el barco que le pedía, pero luego no pudo encontrar tripulación ni mareante; los marineros a quienes pretendía enrolar decían: «ya no hay islas desconocidas», y el hombre que buscaba la isla desconocida no logró convencerles de lo contrario, porque cómo podría hablarles de una isla desconocida, también para él... No sería toda esa isla una completa ilusión, como un sueño...

<sup>11</sup> Juan Ramón Capella, *Fruta Prohibida. Una aproximación histórico-teorética al estudio del Derecho y del Estado. Cuaderno marrón*. Madrid: Trotta, 1997, p. 289: si se adopta una idealidad democrática no es posible sostener una concepción substancialista acerca de la justicia, «pues lo que se concibe como justo ha de poder ser puesto en cuestión». Por mi parte, *La Justicia como relato. Ensayo de una semionarrativa sobre los jueces*, Málaga: Agora, 1996, y «Derecho y geografías simbólicas: Notas para una Islandia jurídica», en *Sinalagma* (Oporto), 2001 (en prensa).

<sup>12</sup> José Saramago, *El cuento de la isla desconocida*, tr. P. del Río. Madrid: Alfaguara, 1998.



El «discurso de las islas» y el propio espacio insular ha ido frecuentemente asociado al individualismo y la intimidad<sup>13</sup>. No obstante, la originalidad de Saramago reside en...

¡Ah!... He estado a punto de olvidarme. Tendría que haber contado que en la Corte del rey había un filósofo que cuando no tenía nada que hacer a veces le daba por filosofar, y «decía que todo hombre es una isla... que es necesario salir de la isla para ver la isla, que no nos vemos si no salimos de nosotros». Aquellas eran las filosofías del filósofo del rey, que para eso le pagaban...

Y ahora caigo en la cuenta, asimismo, de que también debería haber contado que en este cuento se narra una historia de amor entre el hombre que pretendía ir en busca de la isla desconocida y una mujer que había trabajado en el palacio del rey, y que alguna vez oyó hablar de las filosofías del filósofo del rey.

El caso es que, y esto sería igualmente largo de explicar, aquella mujer se fue a vivir al barco del hombre que pretendía ir en busca de la isla desconocida, y que a menudo pensaba que éste sólo tenía ojos para la isla desconocida. Y también, que aquel hombre una noche soñó un sueño donde imaginaba que partía en busca de la isla desconocida y ella, la mujer, se quedaba en el puerto, persuadida de que él sólo tenía ojos para la isla desconocida, aunque el lector llegado a esta altura del cuento ya sabe que aquello no era verdad, pero el hombre no soñaba lo que quería, sino lo que podía, y los lectores no somos quien para decidir que otra cosa podía haber soñado, porque no podemos ni soñar con ser el autor del cuento que le puso a soñar aquella noche, y a que soñara lo que soñaba. Aunque, si no somos quien, somos nadie, y entonces somos cualquiera, y acaso podríamos ser y estar como el otro, el autor, en su vez, y... Bien, esto nos devolvería al comienzo y ya a punto del final es mejor no distraerse.

El caso fue, pues, que en el sueño aquel hombre soñó cosas que, de haber podido, desde luego no hubiera querido soñar, y en su vez tampoco nosotros. Así, soñó esa noche que los geógrafos del rey declaraban que la búsqueda de la isla por conocer no pasaba de una idea en su cabeza y algo así como un sueño, y soñó más cosas en el sueño que aquella noche estaba soñando en su cabeza, y continuó soñando y soñando, hasta despertar del sueño y descubrir de pronto, al salir de aquel sueño, que estaba abrazado a la mujer...

Como habrán intuido, este cuento de la isla desconocida, y así viene a suceder con la mayoría de los cuentos, nos cuenta acerca de nosotros como sí

13 Mario Tome, *La isla. Utopía, inconsciente y aventura. Hermenéutica simbólica de un tema literario*. Publics. Universidad de León, 1987, y Gillian Beer, «Discourse of the Island», en Frederick Amrine (ed.), *Literature and Science as modes of expression*. Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers, 1989, pp. 1-27.

mismo, y en particular de esa isla que cada uno de nosotros es y lleva dentro. Ahora bien, la originalidad narrativa de Saramago –como antes había comenzado a indicar– me parece que reside en haber sabido construir y otorgar un nuevo sentido al «discurso de las islas» y al propio espacio insular, que tan de común solemos asociar al individualismo y al derecho a la intimidad. En el cuento de Saramago la isla deja de ser metáfora de un individualismo considerado como identidad aislacionista, y del derecho a la intimidad como subjetividad aislada.

El individualismo y el derecho a la intimidad son ahora contemplados no tanto como islas de supervivencia, sino más bien como islas-paraíso situadas al fondo de nosotros del sí mismo, y cuyos paisajes desiderativos eclosionan antes que en el recogimiento o la plegadura endoscópica, a través del elogio de la enajenación revelatoria, de la mirada que desde fuera los desoculta, desde la mirada en fuga del sí mismo, que nos nombra tal como al «otro», tal que al que está frente y nos resulta un desconocido.

Sin más, quiero concluir ahora y aquí, aprovechando el propio final del relato:

«Después, apenas el sol acabó de nacer», el hombre y la mujer del cuento de la Isla desconocida «fueron a pintar en la proa del barco, de un lado y de otro, en blancas letras, el nombre que todavía faltaba a la carabela. Hacia la hora del mediodía, con la marea, La Isla Desconocida se hizo por fin al mar, a la búsqueda de sí misma».

José Calvo González es profesor titular de Filosofía del Derecho en la Universidad de Málaga. Es autor de *El discurso de los hechos* (Madrid: Tecnos, 1993) y *Derecho y narración* (Barcelona: Ariel, 1996).

*Dirección postal:* Facultad de Derecho, Universidad de Málaga, Campus de Teatinos, E-29071 Málaga.

*E-mail:* jcalvo@uma.es